

Todos los paros son POLITICOS...

Cada vez que hay un paro masivo, de carácter general o sectorial, el gobierno de turno sale a decir que *“se trata de un paro político”*, siempre que escucho esa frase me recuerda el final agudo de la canción de *“los redondos”* aquella de *“...todos los presos son políticos...”* es una canción que se repite, es una frase hecha, vacía, desgastada.

Es como un mantra que repiten los funcionarios de los gobiernos – de todos los gobiernos – cada vez que el fuego del conflicto laboral, las



tensiones políticas y sociales, les calienta el rostro y los expone en su falta de respuestas. En un país con una economía flaca y frágil, con tantas necesidades y salarios deprimidos, son pocos los que se animan a cuestionar la legitimidad de los reclamos, entonces se utiliza el recurso del bastardeo a las medidas de fuerza recorriendo el camino de la acusación de politización de la huelga.

No es un *patrimonio cultural* del gobierno actual, ni del anterior. Desde que tengo memoria frente a un conflicto gremial se utiliza la estigmatización de politización, y la descalificación de los protagonistas. Como ejemplo siempre recuerdo el discurso de Cristina en el Parlamento en 2012 en el cual dijo: ***“Cómo es posible que cada vez que nos tengamos que reunir con sus dirigentes (docentes) sólo tengamos que hablar de salarios y no de qué pasa con los pibes que no tienen clases”***, y a continuación los trató a los maestros de vagos y faltadores.

La *“camaleonización”* de los políticos que apoyan la huelga cuando son opositores, y se oponen férreamente cuando son oficialistas, se complementa cíclicamente con el cuestionamiento indirecto al ejercicio del derecho a la huelga, y la aparición de proyectos de reglamentación o la aplicación forzada de los mecanismos de conciliación. Esto tampoco es patrimonio local, en Uruguay durante 2015, bajo el gobierno del insospechado de *“gorila”* Frente Amplio, se implementó por decreto la *“esencialidad de la educación”*, esto significaba que a partir de la declaración de la educación como un *“servicio esencial”* se restringía el derecho a la huelga del sector docente. Como terminó esta historia: miles de trabajadores movilizados en contra de la esencialidad, amparos judiciales en cadena, condena de la OIT por la ilegalidad del decreto, y el Gobierno Uruguayo dando marcha atrás y pagando el costo. Por favor, que algún amable lector de este artículo le cuente esta historia reciente al Gobierno Argentino para no repetir el mismo error, porque pedir disculpas cuando uno se equivoca es bueno, no equivocarse es mucho mejor, y las marchas y contramarchas desgastan y fastidian (especialmente a la clase media).

El tercer elemento clásico frente a un paro es la descalificación personal a los dirigentes sindicales que encarnan la protesta. Siempre y en todos los gobiernos...fuego propio, fuego ajeno, fuego

amigo, fuego extraño...parfraseando a quienes ustedes saben que parafraseo. Si estuvo con este o con el otro, si es K, o si le hace el juego a la derecha, si busca un espacio en la interna del peronismo, o si es quinta columna del gobierno. También hay descalificaciones que bordean la discriminación...si es gordo, si se traga las eses, y freno acá para no caer en el mal gusto. Ahora bien, paradójicamente, los Gobiernos tienden en su primera etapa de gestión a buscar el camino de seducción directa de muchos de estos dirigentes sindicales, en ese momento todos son "*rubios y de ojos celestes*", pero cuando la conflictividad social aumenta, llueven las descalificaciones y lo que antes era ponderado, ahora se descalifica.

Otro elemento permanente en el análisis de las medidas de fuerza, y especialmente de la "*Paros Nacionales*", es el comportamiento desigual de la dirigencia sindical peronista con relación a los gobiernos peronistas y a los gobiernos radicales, y en el caso actual, del gobierno de "*Cambiamos*". A veces no entiendo porque se gasta tanta tinta y discurso, si el 90% de los dirigentes sindicales son peronistas, y un porcentaje similar de los militantes y cuadros sindicales son peronistas, es absolutamente lógico – aunque no legítimo – que sean más tolerantes con los gobiernos peronistas. Es un dato de la realidad, que será muy difícil de modificar por cuestiones históricas y socio-culturales, no es una novedad que se descubre de repente frente a una medida de fuerza, tampoco es algo que pase inadvertido a la sociedad. La política argentina cuenta con esta característica, la de tener un movimiento sindical mayoritariamente identificado con el peronismo, los gobiernos deben lidiar, convivir, articular con esa realidad...que es la única verdad.

Ahora bien, un lector desprevenido podría encontrar en el tono descriptivo de esta nota cierto grado de escepticismo y hasta de resignación. De ninguna manera es así, simplemente creo que, para cambiar una realidad, que resulta contraria a los intereses en los que uno sustenta su pensamiento político, hay que tener un diagnóstico realista, despejar lo principal de lo accesorio, y concentrarse en llevar adelante políticas transformadoras que sean compatibles con la cuota parte de poder que uno administra. Vale decir que desde el pensamiento reformista clásico, debemos transformar la realidad conforme el grado de poder y consenso social de la acumulación política coyuntural (relación de fuerzas).

Siempre trato de aportar desde este espacio, además de una descripción de algún aspecto concreto de la actualidad laboral, un camino para explorar soluciones y no repetir permanentemente los mismos escenarios. En ese sentido, entiendo que el único camino posible es el del *diálogo social*.

El diálogo social no se expresa en una mesa donde sacarse una foto de primera plana, con eso solo no alcanza, es gestual, y lo que necesitamos es un cambio cultural, profundo, en el diseño y gestión de las políticas públicas. Hay que administrar el Estado sobre la base del diálogo, escuchando a los actores sociales, a la sociedad civil, a los exponentes de las economías regionales, a los sectores de la producción y el trabajo en cada una de las áreas. En Argentina no tenemos cultura de diálogo, los Gobiernos no fomentan la creación de estructuras compartidas de gestión y administración, y venimos de una década donde el que pensaba distinto era estigmatizado como desestabilizador. El diálogo social es con el que piensa distinto, y no queda solo en el diálogo formal, se expresa en acuerdos, en políticas públicas de largo plazo, y en presupuestos que las sustenten.

Creo también, como miembro del movimiento obrero, que hay que avanzar con la *“autorreforma sindical”*, los sindicatos deben repensarse, los desafíos que tiene por delante la clase trabajadora no se enfrentan con estructuras representativas que no adoptan nuevos diseños de organización. Los sindicatos mantienen el mismo esquema de organización que en la década del 40 del siglo pasado. Las formas de producción, la internacionalización de la economía, los cambios en la configuración empresarial, y los impactos tecnológicos sobre el trabajo requieren de nuevas formas de ejercer la representación sindical, la negociación colectiva y el derecho a la huelga.

Estoy convencido en que de una vez por todas hay que impulsar cambios en la normativa que regula la vida de las organizaciones sindicales incorporando reglas de transparencia y democratización, eliminando las reelecciones eternas y la acumulación de cargos. Lo digo desde un lugar de defensa de la unidad sindical, creo en la libertad sindical que une y no en la que divide y paraliza. La perpetuidad en el poder de la dirigencia (política, social, empresarial, mutualista, sindical) es mala para el desarrollo de las instituciones.

Debe quedar en claro que sin militancia sindical activa de aquellos que proponemos un cambio, no habrá condiciones para generar reformas. La gran mayoría de los dirigentes actuales, algunos que respeto mucho y otros no tanto, son muy representativos de sus bases en el contexto de reglas de juego que el Estado argentino avala desde la década del 40 hasta aquí. Esta situación no se cambia por decreto, ni en el discurso mediático, hay que ponerle el cuerpo, la vocación y las ganas desde la militancia gremial para que los trabajadores elijan una representación más plural.

Es momento también de sentarse con los sindicatos a definir nuevos modelos de composición de conflictos. El sistema de conciliación popularizado mediáticamente como de *“dictado de la conciliación obligatoria”* está agotado...y bastardeado por su mala utilización. Existen experiencias muy ricas en el mundo de arbitrajes optativos y obligatorios, instancias de negociación concertadas en las propias convenciones sectoriales, fueros judiciales especiales e independientes para aplicar los instrumentos de excepcionalidad que moderen los efectos de la huelga, e impidan las medidas de fuerza que afecten a terceros.

En definitiva, si todos los paros son políticos, la solución debe ser política.

Publicado por Marcelo Di Stefano

Abogado de la Universidad de Buenos Aires, Doctor en Derecho del Trabajo de la Universidad de San Carlos de Guatemala, Magister en Derecho del Trabajo y Relaciones Laborales Internacionales de la Universidad de Tres de Febrero, Máster en Formación Sociolaboral de la Universidad de Alcalá de Henares/España, Experto en Cooperación Internacional de la UNED/España, Profesor Adjunto (int) de Derecho del Trabajo y la Seguridad Social en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires y Profesor Asociado (int) de Derechos Humanos y Constitucional en el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, Subsecretario de Comunicación y Relaciones Institucionales de la Universidad de la Defensa Nacional, Dirigente Sindical, Secretario General Adjunto de la Asociación del Personal de la Universidad de Buenos Aires, Secretario Ejecutivo de la Confederación de Trabajadores de las Universidades de las Américas, Vicepresidente de la Red Mundial de Trabajadores del Soporte de la Educación de la Internacional de Servicios Públicos.